

MORUENA
ESTRÍNGANA

El heredero perfecto

MORUENA
ESTRÍNGANA

El heredero perfecto



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-28-9
Depósito Legal: CS 233-2024
© del texto, Moruena Estríngana
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

«El mayor riesgo que tenemos que
enfrentar es ser vistos como somos en
realidad».

La Cenicienta







A mi marido y mi hijo.
Os quiero más que a nada.



Prólogo

Adler se vio apartado de la trayectoria de los misiles por su amigo. Observó como este cayó al suelo herido, y fue hacia él para sacarlo de aquella zona, para que siguiera con vida.

—No me queda mucho tiempo —le dijo el hombre, mientras tomaba su mano.

Llevaba ocho años en aquel conflicto de guerra; lejos de Londres y de sus familiares. Un mundo de caos y horror, donde Pet siempre había cuidado del joven Adler. Él fue quien le enseñó todo lo que sabía, junto con su amigo Char.

Ninguno pertenecía al mismo mundo, pero, entre los dos, había surgido un lazo muy especial.

Al final, todos se necesitaban para sus planes.

—Quiero que entregues las cartas a mi familia —Adler asintió—, y a mi sobrina. Ella no sabe todo lo que me importa... —Tosió—. No tardará muchos años en ser presentada en sociedad, y se la van a comer... Prométeme que cuidarás de ella.

Ese hombre le había salvado la vida, por lo que, no prometerle algo así, era inaudito.

—Te lo prometo.

—Y confío en Char. Los dos sabréis qué hacer. Que nada se detenga por mí.

—No se hará. Esto solo es el principio.

Pet sonrió y cerró los ojos, para pensar en su mujer e hijos. Los había visto hacía dos años, cuando pudo volver a casa, gracias a un permiso.

Alder vio cómo la vida se le escapaba a su amigo.

No había tiempo para lamentarse, porque debía salir vivo de ese infierno, y cumplir una promesa.

Por eso, lo dejó y luchó a muerte para salvar su vida.

Debía cumplir la promesa de su amigo.

Alder no era consciente de cómo esa promesa iba a condicionar su vida.



Capítulo 1

**Dos años más tarde.
Cerca de Londres. Siglo XIX.**

Malory

—Pasa, hija.

Entro al despacho de mi padre.

Es muy austero, y está falto de libros. Los pocos que hay, me los sé de memoria, de tantas veces que los he leído. Sobre todo, junto a Masie, mi hermana pequeña. Su gemela, Opal, es más solitaria; le gusta pasar el tiempo con mi madrastra, en la aldea o cosiendo algo.

Mi madre murió cuando me tuvo, por lo que no la conocí.

No sé nada de ella, salvo lo poco que me han contado.

Solo sé que fue una mujer increíblemente hermosa, y que se casó con mi padre por amor, dejando atrás el teatro.

Mi madre no pertenecía a la misma clase social que mi padre y, casarse con ella, hizo que este tuviera problemas para conseguir aliados para sus negocios, con posterioridad. Eso, sumado a su mala cabeza para estos, ha hecho que vivamos tiempos difíciles, donde la comida escasea, y los vestidos han sido remendados más de una vez.

Es barón del reino, aunque vivimos a las afueras de Londres, en un pequeño pueblo.

Nunca he pisado la ciudad.

Todo lo que sabemos, mis hermanas y yo, de bailes y etiqueta, es por mi madrastra que, desde pequeñas, nos ha aleccionado para ser unas damas perfectas.

Observo a mi padre y aparta la mirada.

Es algo que hace desde siempre.

Un día, mi madrastra me dijo que era porque le recordaba mucho a mi difunta madre.

Eso me hizo pensar que la amaba tanto, que su recuerdo aún le causa dolor.

—Siéntate, Malory.

Lo hago y espero a que hable.

No solemos tener muchas conversaciones. Siempre está fuera de casa y el tiempo que está aquí, suele estar encerrado en su despacho trabajando. O eso es lo que dice él, porque el resto sabemos que lo pasa bebiendo.

—No he podido conseguir dote para las tres —me anuncia a las claras—, y hemos pensado que a ti te costará menos conseguir un marido, dado que eres más hermosa que las gemelas.

Me callo que, con mi pasado y mis orígenes, iba a necesitar algo más que la hermosura para cazar un marido.

Lo hago, porque quiero tanto a mis hermanos que, si tengo que renunciar a todo por las gemelas, o por el pequeño Gil, lo haría sin ningún inconveniente.

—He traído telas de Londres para que os podáis hacer unos vestidos. Puedes marcharte para verlas.

—Como desee, padre.

Salgo del despacho algo decaída.

La dote era importante para mi presentación en sociedad. Tengo casi diecinueve años y sé lo justo para no tener dudas de que, tal vez, por quien era mi madre, me vayan a rechazar.

Nadie se casa con su amante, y mi padre lo hizo.

Soy una hija legítima, pero eso tal vez importe poco.

Estoy asustada, pero no pienso dejar que nadie lo vea.

Sobre todo, mis hermanas, que no tienen culpa de nada. Son casi dos años más pequeñas que yo.

Mi padre, tras la muerte de mi madre, volvió a Londres para buscar una esposa, sin apenas guardar luto por su primera mujer. Se casó con Eugenia, mi madrastra, y, para mí, es lo más parecido a una madre que he conocido; aunque no es muy cariñosa, pero es mejor que nada.

De pequeña soñaba con grandes abrazos y gestos cariñosos por parte de todos. Hasta el punto de que me perdía más tiempo en mis mundos de fantasía que en la realidad.

Entro a la sala y mi madrastra se gira.

—Supongo que tu padre ya te ha informado. —Asiento—. Bien. Esas telas son las que han sobrado. —Señala un montón—. Espero puedas hacer algo con ellas.

Miro las telas, y compruebo que Eugenia se lleva el resto con sus hijas.

Solo Masie se vuelve para dedicarme una dulce sonrisa, mientras su madre la arrastra a otra habitación, para empezar a diseñar sus vestidos.

Cojo las telas sin saber cómo hacer de esos feos colores, algo decente para la temporada.

El miedo me hace temblar y siento los ojos llenos de lágrimas.

Tomo aire, mientras me propongo hacer algo bueno, que no me haga ser la burla de la temporada.

Voy a la cocina donde está la cocinera. Es uno de los pocos sirvientes que nos quedan, porque mi padre no podía permitirse mantenerlos a todos.

Fern llegó a la casa poco después de que mi madre muriera. Cuando se enteró, quiso venir a ayudar con la casa, y así estar cerca de mí.

Fue amiga mi madre, y lo que sé de ella ha sido gracias a Fern. Me ha hablado de lo gran artista que era, pero siempre he sentido

que me cuenta las cosas a medias. Es como si alguien le impidiera contarme toda la verdad.

Es decir, mi padre.

Noto que hay demasiados silencios en sus historias, que me gustaría que no callara.

—Hola. —Dejo las telas sobre la mesa más cercana, que está limpia, y se aproxima para mirar las telas.

—Estos colores no te favorecen.

—Mi padre no tiene dinero para comprar más telas y, bueno, tampoco para mi dote.

Fern pone cara de rabia, pero se calla. Una vez más, otro silencio donde quiero que diga lo que siente, pero, al mismo tiempo, temo que, si la presiono, Fern pueda perder su puesto de trabajo.

Por eso, tengo miles de preguntas que temo que nunca serán respondidas por nadie.

—Bueno, no tiene dinero para ti, pero para las gemelas no habrá problemas. Seguro que tu madrastra se ha quedado con las mejores telas. —Fern me mira y sonrío—. Bueno, no pasa nada. Haremos algo con esto. Serás la más hermosa de Londres, y harás que todos te envidien. Tal como tu madre soñó.

Sonrío, para que no note mis nervios, y la ayudo con la comida, mientras pensamos cómo hacer de estas telas algo maravilloso, listo para mi presentación en sociedad.

Todo va a salir bien, o eso quiero creer, porque estoy muy asustada.

Capítulo 2

Malory

Observo Londres acercarse desde la ventana del carruaje, donde vamos apretados, porque mi padre no quería viajar en dos coches.

En realidad, pienso que es para ahorrar dinero.

Desde que anunció que iríamos a Londres, y que solo tenía dote para las gemelas, las cosas en casa han estado un poco tensas.

Mi madrastra ha repasado con mis hermanas las normas de etiqueta, mientras que yo ayudaba a Fern con las tareas de la casa, y ponía al día mis vestidos.

Al final, Fern tuvo que ayudar con el confeccionado de los atuendos de las gemelas, y me tuve que coser gran parte de mis ropas.

Dudo que estén a la altura de la gran sociedad londinense, pero estoy orgullosa de mi trabajo, la verdad.

Mis diecinueve cumpleaños los pasé con Fern, porque mi madrastra había sido invitada a casa de una amiga, que nunca me invita, porque le molestan mis orígenes.

Siempre me ha dado igual, pero esta vez me dolió, por ser mi cumpleaños, y porque sentí que era un aviso de lo que estaba por venir en Londres.

Por la noche, Masie se coló en mi habitación y soplamos las velas juntas. Me trajo un ramo de flores, que había recogido de camino.

Opal solo me felicitó, y el pequeño Gil de diez años no me hizo caso. Tal vez, porque está molesto de que lo envíen a estudiar fuera; razón por la que no nos acompaña a Londres.

Ya se ha instalado en el internado.

Su despedida fue fría, porque es un niño al que no le gusta mucho socializar con nadie.

Ahora toca sacar mis mejores encantos y que nadie note mi falta de dote en los bailes, para conseguir un buen esposo decente, como Fern me ha dicho que mi madre deseaba para mí.

A mi edad, muchas mujeres ya han sido presentadas en sociedad, y han encontrado un buen marido.

Yo tengo la esperanza de que mi edad no importe, porque todavía no he cruzado la frontera de los veinte.

Llevamos años preparándonos para este momento.

Mi madrastra nos ha enseñado todo lo que sabe, y quiero creer que puedo conseguir todo lo que me proponga.

Quizás, todo menos el amor.

Mejor no pensar en eso, y centrarme en todo lo demás. Nadie puede saber que estoy triste, que me preocupa no encajar en los bailes o no ser lo suficiente buena para nadie. Temo que mis orígenes importen más que yo misma.

No sé muchas cosas del pasado de mi madre. Solo he crecido pensando que fue una historia de amor lo que la llevó a casarse, y me pregunto si la verdad me acabará por explotar en la cara, ahora que estamos en Londres.

Tengo un mal presentimiento.

Llegamos a la casa y me sorprende ver varios sirvientes junto a Fern.

En realidad, no esperaba este despliegue de personal doméstico, teniendo en cuenta que mi padre no ha sido capaz de conseguirme una buena dote. Lo mismo estos meses en la ciudad

ha tenido un golpe de suerte en los negocios, y de que ahí este derroche.

Subimos a nuestras habitaciones, y mi madrastra coloca a sus hijas en las mejores. Las que están más cerca a los cuartos principales.

A mí, me han preparado una habitación de invitados, alejada de mis hermanas.

Este detalle me oprime el pecho, como si fuera un nuevo aviso de todo lo que está por cambiar.

No, mi madrastra me quiere. Me ha criado ella...

Entro en mi cuarto y saco mis vestidos, al ver que nadie me viene a ayudar.

Lo dejo todo listo, algo agobiada por la falta de estilo de las telas, y por la carencia de colores vivos en ellas.

Masie entra a mi cuarto y cierra la puerta.

—¿Es normal estar nerviosa por la presentación en sociedad?
—Se tira en mi cama en modo dramático.

—Supongo que sí —respondo.

—Siento que tus vestidos no tengan otro tipo de telas —comenta, al ver mi armario abierto—. Mamá está más rara que de costumbre, y eso ya es decir. —Le sonrío.

—Solo estará nerviosa. Ha regresado a su ciudad, y se va a reunir con muchas amigas. Es normal que quiera también que sus hijas se casen bien. Para ella es importante. Para mi madre lo era... O eso me ha dicho Fern: que si yo me caso bien, será una victoria para mi madre. Esté donde esté.

—Ya, bueno... No sé qué pensar. Todo esto me abruma. Me inquieta el no saber si encontraré el amor de mi vida. —Sonríe tímida—. Espero que no me pase como a mi madre, que se casó con el mejor postor, para convertirse en una baronesa, y llevar una vida solitaria y aburrida en el campo.

—No ha sido tan mala la vida allí.

—Tampoco ha sido increíblemente divertida.

—Bueno, todo eso va a cambiar ahora. Bailes, té con las amigas... Paseos en calea.

Masie me mira emocionada, tras mencionar todo con lo que siempre ha soñado.

—Sí, lo estoy deseando.

Sonríe y yo lo hago por ella, también, aunque la desazón en el pecho no desaparece.

Tampoco lo hace cuando mi madrastra entra para buscarla, y le indica que tiene que ir a descansar, para que su rostro luzca perfecto, en nuestra presentación en sociedad.

Siento que no lo dice solo por eso, sino que le molesta que esté en mi cuarto...

«Eso es estúpido. ¿Por qué le iba a molestar?».

Estoy asustada. No sé si estoy preparada para el rechazo público, pero no quiero que nadie lo note. Quiero creer que todo esto solo me hará más fuerte.



Capítulo 3

Malory

Llegamos a Hyde Park a primera hora de la mañana, por sugerencia de mi madrastra.

Hay varias calesas y vehículos abiertos. Hombres a caballo y muchas personas paseando cerca del lago.

Mi madrastra conocía a gente en la ciudad, pero, tras años de vivir en nuestra villa, a las afueras, no sabe dónde estarán sus conocidos, y qué ha sido de ellos.

Mi padre, cuando viaja a Londres, regresa con periódicos que leemos al calor del fuego. La sección de cotilleos nos ayuda a saber, más o menos, cómo van las cosas por aquí. A saber que, si cometes un solo error, serás marcado para la posteridad, por gente que se cree tan inmaculada como para no tener una tara en su vida.

La gente nos mira a las cuatro con curiosidad, mientras paseamos.

Nadie se nos acerca, pero, con seguridad, alguien sabrá quiénes somos, y hará correr la voz entre todos.

A pesar de eso, nos saludan desde la distancia.

Mi madrastra es baronesa, pero su título no es de los mejores por estos lares, y, más, si no le acompaña una buena riqueza.

Al regresar a casa, tengo el ánimo decaído, y mi madrastra me mira de forma seria, como si hubiera tenido la culpa de todo.

Esto va a ser más difícil de lo que esperaba.

La gente tiene demasiados prejuicios.

Descarto bajar a comer y, en su lugar, me pongo ropas sencillas para salir de casa por la puerta de los sirvientes, e ir con la cocinera a comprar. Es algo que he hecho muchas veces, pero hoy necesito más que nunca.

—¿Tan mal ha ido? —La señora Fern me mira a la espera, mientras andamos hacia los bajos fondos de la ciudad, para buscar unas cosas de comer para la cena.

—No, ha ido bien.

—A mí no me engañas, niña. Te conozco desde que eras un bebé, y conozco a esa panda de emplumados. Va a costar que olviden quién fue tu madre.

—Tal vez, si supiera más cosas de su pasado aquí...

—No puedo decirte nada. Juré no hacerlo, cuando me vine a trabajar contigo. Si te enteras de algo, no será por mi boca.

Ahora sé que mis sospechas eran ciertas.

Fern no puede hablar, si quiere seguir a mi lado.

—Siento que así voy a ciegas.

—Lo siento, niña.

Veo pesar en sus ojos y, por eso, decido dejar el tema por ahora, para tranquilizarla.

—No pasa nada. Solo te diré, que seré la más bella en el baile, y que pronto tendré un marido rico que me adore. —Bufa y le doy un beso—. Todo va a ir bien. Esa gente no sabe lo increíble que soy.

—No lo sabrán, niña. A esa gente no le importa quién eres. Solo lo que puedan conseguir de ti. No lo olvides.

No le digo nada, porque no quiero que note mi agobio.

Compramos algunas hierbas para el huerto.

De camino a casa, pasamos por una vivienda que Fern observa de forma extraña.

—¿Qué sucede?

La cocinera mira a una mujer, que sale del edificio, con dos niños. Uno debe tener unos nueve años, y la más pequeña tres o cuatro.

La desconocida, al verla, se queda petrificada, y más cuando me mira a mí. Sus ojos se llenan de lágrimas, y se va hacia atrás, como si acabara de ver un fantasma.

—Yo juré no decirte nada, pero el destino tiene otros planes.

—¿Qué está pasando?

—Tu madre vivía en ese edificio de pequeña. —La señora Fern
duda, pero da un paso al frente cuando la mujer sigue quieta—. Y
esa señora, que te mira como si acabara de ver un fantasma, es tu
tía, por parte del hermano de tu madre.

Agrado los ojos ante esta revelación, porque acabo de descubrir que tengo más familia viva de la que esperaba.

Nos acercamos y los niños me observan curiosos. Sus ropas son sencillas y llenas de agujeros cosidos de mala forma. La más pequeña se mete entre las faldas de su madre, y me observa con sus grandes ojos verdes. Son como los míos.

—Hola, Amelia.

Las dos mujeres se miran, para fundirse en un abrazo entre lágrimas, a continuación.

—Pensé que no te volvería a ver —le dice a su amiga, y luego me miran—. Eres igual a tu madre, niña. Tan bonita como ella.

Toca mi cara y veo cómo los ojos se le llenan de lágrimas, otra vez.

—Íbamos a dar un paseo, pero podemos dejarlo para otro día.
¿Queréis subir a tomar el té?

—Mamá, no tenemos té —dice el hijo más mayor.

Su madre lo mira sonrojada.

—Tengo un poco guardado en la despensa.

Los niños se observan, y saco de mi cesta una bolsa de té, que le tiendo.

—Este té es de mis favoritos. ¿Queréis que lo probemos? También hemos comprado galletas de mantequilla. ¿Os gustan? —les pregunto a mis recién descubiertos primos.

—Nunca las hemos probado.

En este momento me doy cuenta de que yo siempre creí que mi vida era complicada, pero no es nada comparada con la que han debido llevar ellos.

Acaricio sus mejillas y subimos a la casa.

No tienen muchas cosas, y comparten cama los tres.

Me cuentan que mi tío falleció hace dos años en la guerra, como un héroe, ya que murió salvando a otra persona.

—Me hubiera gustado conocerlo.

Mi tía mira a su amiga y Fern niega con la cabeza.

—Hay cosas del pasado que es mejor que no sepas.

De nuevo, odio que me oculten cosas.

—Tu padre es un barón, Malory. Si él no quiere que sepas de tu pasado, y lo sabes...

—¿Lo puede pagar con ellos? —pregunto cortando a Fern, y esta asiente.

—Deja las cosas como están, niña —me dice la cocinera, pero mi tía no parece tan convencida de eso—. Si tienes que conocer algo más, ya lo sabrás. Has vuelto a la ciudad, y al final la verdad no puede ocultarse para siempre.

—No creo que mi padre sea un ogro.

Las dos mujeres se miran y siento que lo que me ocultan es más importante de lo que me quieren hacer creer.

—Tú preocúpate de brillar en tu presentación de sociedad —comenta mi tía—. De conseguir un buen marido y de que nadie te diga dónde está tu lugar. Tienes derecho a estar entre ellos. Eres la hija legítima de un barón, no lo olvides. Es lo que habría querido tu madre.

Veo la verdad en los ojos de mi tía.

Para mi madre era importante que yo triunfara donde otros se empeñan en separarnos por clases.

—Lo haré. —Mi tía asiente—. Siento no haberos conocido antes. O a mi tío.

—Tú no tenías la culpa de nada. —Acaricia mi mejilla—. Eres tan preciosa como ella. Vive en ti, y me alegra mucho que el destino te haya traído hasta la puerta de mi casa.

Me cuentan cosas de mi madre, de cuando actuaba en el teatro. Los niños hacen una obra de teatro, y aplaudimos felices.

Todo lo que me cuentan, ya lo sabía por Fern. No me dice nada nuevo.

—Tu madre estaba destinada a ser una gran actriz, pero renunció a todo por casarse con tu padre —me indica mi tía, mirando a Fern, que niega con la cabeza. Seguro que es para que deje de hablar—. Le habían hecho una oferta para ir a Francia a actuar, en un importante teatro, pero tu padre le había pedido matrimonio. Renunció a sus sueños por él. Te lo cuento para que no agaches la cabeza ante nadie. Ella eligió este camino por ella misma, por los hijos que vendrían, para ser algo más de lo que estaba destinada a ser. Ahora te toca a ti que su renuncia no haya sido en vano.

—No lo sabía —añado.

—No olvides, niña, que el amor enriquece el alma, pero no el estómago —dice mi tía—. Consigue un buen marido, con el que no tengas que pasar penurias. Con el que no temas lo que les pueda pasar a tus hijos. —Mira a los suyos, que comen las galletas, ajenos a nuestra conversación—. Eres preciosa, e hija de un barón; que nadie te haga sentir de menos, porque tu madre era una gran mujer y una gran artista.

Sus palabras son como un bálsamo para mí. Era justo lo que necesitaba escuchar.

Nos despedimos de ellos y prometo volver pronto a verlos.

Pienso en todo lo que les hace falta y sé que no puedo ayudarlos mucho, pero, si me caso bien... Si tengo un buen matrimonio, tal vez pueda ayudarlos.

—Tu tía tiene razón —comenta Fern llegando a casa—. Y, si no, que se lo digan a tu madrastra. Lleva toda la vida padeciendo penurias, después de haber nacido en una cuna de oro.

—No pienso olvidar mis metas, ni dejar que nadie me doblegue.

—Eso espero, niña, porque esta gente va a tratar de herirte, solo porque serás la joven más bella de todo el baile. No lo olvides, y no dejes que nadie apague tu luz.

—No lo haré. Soy la hija de una gran artista.

Fern sonríe emocionada, porque piensa en su amiga.

Entramos a la casa y mi madrastra pone mala cara al vernos.

—¿Dónde has estado?

—Me acompañó a comprar —responde Fern por mí, y me da un pellizco para que no cuente la verdad.

Asiento y mi madrastra, tras darme un repaso con la mirada, se marcha.

—Deja todo como está —me dice Fern—. No hagas preguntas que puedan ser tu ruina, antes de conseguir un buen matrimonio. Ya habrá tiempo de respuestas.

Se marcha y me pregunto si podré aguantar la intriga hasta después de casarme. Tal vez, porque si me caso bien y Fern se viene conmigo, podré protegerla a ella y a mi familia.

Conseguir un buen marido nunca me importó tanto como ahora.

Tengo que prepararme para la mayor actuación de mi vida.



Capítulo 4

Adler

Llego a mi casa, en la ciudad de Londres, donde mi madre y mi hermana de dieciséis años me esperan.

Al entrar, me sorprende que casi no haya muebles, y que no haya más que un mayordomo, que me ayuda a subir las cosas a mi habitación. Llevo años mandando dinero, y, además, mi padre tenía una suculenta fortuna.

Todo esto me pilla por sorpresa. Sobre todo, porque podría poner en riesgo mis planes. Es un contratiempo con el que no contaba, desde luego.

—¿Dónde está mi madre?

—En la salita que hay al lado del cuarto de la condesa.

Voy hasta ella, preocupado por cómo está todo.

El suelo no parece pulido y las alfombras parecen listas para ser cambiadas.

Entro y la encuentro al lado del fuego, junto con mi hermana, calentándose las manos.

—¡Has vuelto! —Dede, mi preciosa hermana, se levanta y se acerca para abrazarme.

Casi no la reconozco, porque no la veo desde la muerte de mi padre.

Me pedí un permiso para venir unos días, y Dede estaba mucho de la mujercita que tengo ante mí.

Me doy cuenta de la responsabilidad que tengo con ella. Pronto será presentada en sociedad, y tengo la responsabilidad de que consiga un buen matrimonio.

No sé si estoy preparado para que algunos de esos idiotas me agraden para ella, porque, la gran mayoría de la gente me parece rastrera y mezquina.

En la guerra he conocido a muchos de ellos. He visto cómo miraban para otro lado ante la muerte de un compañero, por no pertenecer a su misma clase social, y de cómo se ponían medallas por cosas que nunca habían hecho.

No tuve una infancia feliz. Mi padre fue un desgraciado, pero la guerra me ha endurecido todavía más.

No tengo claro cómo voy a moverme entre la gente de mi clase, sin fulminar con la mirada a más de uno o bajarles los humos por creerse alguien, después de todo lo que han visto mis ojos.

—¿Qué ha pasado aquí? —Mi voz es dura y aunque intento bajarla, no lo consigo—. ¿Dónde está la fortuna de mi padre?

Dede mira a su madre, que le pide que nos deje solos.

Ando hacia ella, y compruebo que parece mucho mayor de golpe. Reparo en cómo han pasado los años, y en sus ropas sencillas.

—Tu padre fue un desgraciado hasta el día de su muerte y nos dejó sin nada. Si he callado, es solo para que, además de un conde pobre, no seas también un desertor.

Su frialdad me pilló por sorpresa.

Hace diez años que casi no nos vemos. Cuando era pequeño, pasaba más tiempo con las criadas, pero siento que lo vivido, en el último tiempo, la ha endurecido. Al igual que a mí.

—Entiendo. Estoy de vuelta, y lo arreglaré todo.

—No espero menos de ti. Es hora de que te comportes como el conde que eres; que mires por esta familia y este título por encima de todo.



Mi madre me cuenta que mi padre, antes de morir, lapidó su fortuna por el juego.

No queda nada, salvo esta casa y los muebles que faltan, que los ha vendido mi madre para conseguir cosas de primera necesidad.

Yo les enviaba dinero y, gracias a eso, no les ha faltado comida en la mesa.

No me dijeron nada, porque ese dinero les llegaba cada mes, y porque no querían que volviera antes de hacer mi papel para la Corona, por si en un futuro pudiéramos necesitar el favor del rey. Tampoco quería que me convirtiera en un desertor, ya que, para mi madre, el qué dirán es muy importante. O tal vez para todos, por estos lares.

Tengo muchas ideas para que el condado recupere su esplendor, pero para eso necesito dinero, y, con lo que me presta el banco, solo puedo lograr lo justo para comprarnos ropas adecuadas para la temporada.

—Necesitas una esposa con una cuantiosa dote y una buena posición social —me dice mi madre en la cena—. Por suerte, la temporada empieza pronto.

—Sí, pero no tardará en correrse el rumor de mi falta de liquidez.

—Eres conde. Más de un padre hará la vista gorda, con tal de que su hija sea condesa.

—Al menos tengo eso. —Doy un trago al vino, que no es de los mejores, pero, tras años de guerra, me sabe a gloria.

—Además, eres apuesto. Muy apuesto. Eso, y tu título, pondrá una ristra de mujeres a tus pies. Elige bien.

—Lo haré, por supuesto.

Ahora que he vuelto, ellas dependen de mí. Esto supone que Debe tenga una presentación en sociedad a la altura. Es la hija de un conde, y quiero para ella lo mejor.

Me toca cumplir con mis deberes. Sobre todo, por todos los planes que tengo, pero, para todo, necesito dinero.

Pienso en las cartas que debo entregar de Pet, y la promesa que le hice sobre su sobrina.

No esperaba encontrarme con todo esto al llegar. Por eso, dejo para más tarde lo de cumplir con mi promesa.

Hace años, solo pude ver a su esposa cuando le entregué la carta que su marido le había escrito a ella y a los niños. No le pregunté nada de su sobrina, pero sí le conté que su marido había sido un héroe de guerra.

También le di una de las medallas que me otorgaron a mí, como si le correspondiera a Pet. Él sí se la merecía, pero no quedaba tan bien condecorar a hombres de su clase.

Regresaré a la casa y preguntaré por su sobrina, pero, antes, tengo que ver cómo resuelvo el lío en el que me ha metido mi padre.



—Mi padre lapidó su fortuna —le informo a mi amigo Char, tras encontrarme con él en una taberna de mala muerte, cerca del puerto—. Necesito una esposa con una cuantiosa dote para que todo siga adelante.

—No creo que te cueste mucho hacerte con una, con esa cara que tienes. —Da un trago a su cerveza—. Pero, antes de eso, tenemos que empezar a poner todo en marcha. Cuento con que pronto te hagas con una esposa rica.

Asiento, porque no pienso fallar. Solo es un contratiempo de nada.

Me sirven una cerveza y me la bebo, mientras miro a quien ha sido uno de mis mentores en la guerra.

—Vamos, empecemos cuanto antes.

—Así me gusta.

Salimos de la cantina y ponemos en marcha nuestros planes.

Todo está medido y pensado, porque un paso en falso puede suponer la horca.

Toca ser más listo que el sistema.